

## PINTAR UN MURO por Vicente de Lerins

Don Santiago me enseñó a pintar. Era un hombre menudo, pequeño y flaco pero con una cabeza visiblemente desproporcionada. En el colegio era conocido por *cabecita*. En las clases de dibujo -una maría más junto a religión y la gimnasia de Sáez- *cabecita* nunca abandonaba la tarima, su defensa y foso natural. Decían y era cierto, que la famosa tarima al estar más elevada que el resto daba un plus de autoridad al profesor, un sello como una impronta que ellos sí sabían aprovechar. Aunque la tarima siempre me resultó un término ambiguo, porque al salir a dar la lección llamaban ellos "salir a la palestra" aunque todos los presente nos conociéramos. Como quiera que fuera queda clara la patente anfibología: para ellos tarima para nosotros palestra. Y es que Don Santiago "*cabecita*" controlaba desde allí todo el redil de infantiles zagales de 12 y 13 años, en la plenitud de su infantil, superficial y dinámica vida. Entre explicación de perspectiva y perspectiva *cabecita* llamaba a algún pillo que cogía in fraganti haciendo cualquier tontería o molestando simplemente. Se acercaba el interfecto, y sin subir al a tarima para no ganarle en altura, *cabecita* hacía una sencilla pinza horizontal con sus dedo índice doblado y pisado por su pulgar, y con ella nos cogía de las patillas dando ligeros y cortos toques hacia arriba. Otras veces cambiaba de tormento y aplicaba el denominado "capón", que consistía en dar un golpe en lo alto de la cabeza con los nudillos, asomando el dedo corazón como un acerado y punzante pico. Miguel Angel y yo teníamos que ser muy adictos o muy descreídos -como bien lo ha dejado claro el discurrir de la vida mas tarde- para experimentarlo en carne propia tantas veces. ¿no nos hubiera bastado probarlo solamente una?

Don Santiago era pintor. A sus clases extraescolares de los sábados acudíamos un grupo reducido de chavales estudiantes del centro y que estábamos interesados en la pintura al óleo o en pasar el rato y enredar un poco. Y así aprendí, y comencé a pintar cuadros al óleo y algún vidrio mas tarde; todavía hoy conservo en casa algunos de aquellos. Pero la pintura marca; es como un sello estampado que nunca te pudieras librar de él, como un tatuaje febril e indeleble en la piel. Los pintores saben de qué estoy hablando. Puede pasar el tiempo y no pintar nada, dejar los bártulos arrinconados, o sentir incluso aversión a la pintura...pero vuelve a florecer de forma cíclica ese estigma, que está grabado a fuego en tí, y te empuja, te obliga a pintar para seguir viviendo. El olor, ese fuerte aroma de aceite y de aguarrás, de esencias volátiles que invitan a ser esnifadas, esa fragancia característica de la pintura que llega directa a lo más profundo del cerebro, es para mí el mejor y más eficiente reclamo para volver de nuevo a pintar, para estar siempre pintando. Conservo el examen de ingreso en Bellas Artes de la Complutense, que fué meritorio pero fallido y frustrante.

En Burgos, Colette me enseñó a mirar, ver y pintar como un "impresionista", forma y estilo que adopté finalmente. También fué en Burgos donde tuve la oportunidad de hablar con Vela Zanetti en su Milagros natal y no supe aprovecharla. No lo conocía suficientemente o el destino no quiso que lo conociera. Años mas tarde, fallecido ya, presencié en Madrid una exposición antológica de Vela en la Casa de la Villa. Fué entonces cuando entendí la altura de este maestro y maldije mi mala suerte por no haberle conocido personalmente cuando se me presentó la ocasión. Casi me ocurrió lo mismo con Guayasamín. De Oswaldo Guayasamín se presentó en el Conde Duque de Madrid una exposición "total" y "última" pues sus obras se iban a ir para siempre a su gran proyecto americano "la capilla del hombre". Acudí y manifesté mis más intensos deseos de conocer al pintor ecuatoriano. Había fallecido, llegué año y medio tarde esta vez . Me impresiona la humanidad que destilan sus cuadros, la ternura de aquellos retratos de mujeres con grandes manos

acogedoras que acarician a sus hijos, y las mismas madres e hijos de ojos desorbitados por la locura en el sufrimiento del hombre por el hombre. Todavía hoy cuando voy a Cáceres visito el pequeño museo que allí tiene Oswaldo y paso las horas muertas mirando, apreciando sus obras que rezuman humanidad, pasa el tiempo y me doy cuenta de que tengo la piel de gallina observando el sufrimiento en Sabra y Chatila...

Hace algunos meses paseaba por el Barrio de las Letras y pasé por delante de una galería de arte con grandes y diáfanos ventanales. Entré para hacer tiempo y ver la exposición. Era una exposición colectiva, en la que de lejos se notaba las "manos" diferentes, el acabado final y la factura en cada obra. Me sentí atraído especialmente por una. Y al igual que en los casos anteriores que he referido, intenté ponerme en contacto con el autor. Esta vez tuve suerte, seguro que estos artistas jóvenes como no andan sobrados de influencias se agarran a un clavo ardiendo, pensé. No se encontraba allí, pero la galerista me citó para hablar con el pintor un día determinado de la semana siguiente. Me había llamado la atención de aquellos cuadros el hecho de que en cada uno apareciese una franja térrea bien inferior o lateral, dependiendo del tipo de formato de cada cuadro. Cuadros todos ellos sin marco, acrílicos en tonos violáceos que describían paisajes abstractos y muy difusos, como puestas de sol añiles sobre campos ligeramente amarillentos o cetrinos envueltos en una niebla permanente. Consideré interesante la composición del color, pero me intrigaba sobremanera la aparición de aquella banda inferior marrón que te obligaba a levantar necesariamente la vista, a mirar el cielo, un hueco expedito.

El día señalado para la entrevista acudí a la galería, me esperaba un hombre de mediana edad, curtido de sol, con el pelo blanco y porte selecto, de educadas maneras. ¡Vaya con el colegial!, fué mi primer pensamiento. Nos presentaron y salimos a la calle buscando la dirección del Salón del Prado, Café del que soy

parroquiano. Sentados tomando café, intercambiamos impresiones. Me contó que en la actualidad vender un cuadro es una ardua tarea, colocárselo a algún centro o lugar público imposible. Me relataba que ahora las mujeres van a los dichosos, populares y omnipresentes Centros Culturales del Barrio donde pintan, hacen miga de pan, arte floral o cualquier actividad o cosa digna de ser colgada en las asépticas y frías paredes de sus pisos, rellenando así los huecos "intercortinales" tan feos por desnudos. De esta manera las mujeres y esposas, convertidas en diseñadoras de interiores de sus propias casas, antiguas compradoras de arte de toda la vida, ahora no compran nada. Y el mercado se cierra por el amiguismo, partidismo y demás ismos, insalvables incluso en la Plaza Mayor.

Era militar retirado, su afición a la pintura venía de lejos, de sus años adolescentes. Le conté alguna anécdota con Don Santiago. Y pase a interrogarle la verdadera cuestión que me había llevado hasta allí mismo, hasta aquel pequeño velador del Salón del Prado donde ahora nos encontrábamos degustando un exquisito café.

¿Porqué motivo aparecía en todos sus cuadros la maldita franja marrón inferior?, ¿era su sello, su rúbrica o quizá su "ex libris" particular y genuino, o sencillamente se trataba de rememorar algo? ¿y si no significaba nada?

Me contestó directamente, sin rodeos. Fué militar prácticamente toda su vida (desde los 19 años). Y me habló de la soledad con la que se vivía en los cuarteles y en las Academias, la indiferencia, la falta de libertad para salir y escapar de aquellos muros cuando se te antojara, el hedor de los lugares comunes, el cotínuo y pícaro aprendizaje diario, de la complicada convivencia interior. Todo aquello le había marcado intensamente. Había sido su propia experiencia vivida y fué el encontrarse de cotínuo encerrado entre las cuatro vallas, los cuatro muros que cerraban el perímetro de los cuarteles lo que le hizo mirar al cielo, mirar arriba el único lugar

donde echar a volar la imaginación y el alma, donde poder escapar de esa sensación constante de agobio y cautividad. Por eso, precisamente por eso sus cuadros carecían de marco que recluyera sus ansias de libertad; y el muro, esa franja térrea inferior insalvable, había sido vadeable y sobrevolada finalmente., y lo que aparecía en sus cuadros era un mal remedo de aquellas cadenas, el muro desleído.

Tuve la impresión de que este pintor era un hombre feliz y acerté plenamente. Desde entonces conservamos una bonita y noble amistad.

*Madrid 2005*